



CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

COMISION DE PUBLICACIONES:

Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Fray Cipriano de Utrera y Dr. Vetilio Alfau Durán

AÑO DEL BENEFACTOR DE LA PATRIA

Año XXIV

Ciudad Trujillo, República Dominicana, Julio-Diciembre de 1956

Núm. 108

Miscelánea Histórica

(Extractos de los Cuadernos de Apuntes del Historiador García)

(Publicación y Notas del Lic. L. G.)

Papeles de don Antonio Delfín Madrigal

Entre los papeles que se custodian en el archivo del historiador García se cuentan varios documentos que pertenecieron a don Antonio Delfín Madrigal (1), agudo político dominicano, masón de arraigadas convicciones y constantes actividades, ex Secretario del Presidente, General Pedro Santana, y de quien nos decía nuestro abuelo don Antonio Lluberes y Alvarez, amigo leal de Santana, que era el secretario que más le gustaba a este caudillo, especie que expresó en distintas circunstancias y que él le oyó en algunas de sus conversaciones.

Entre estos documentos hay tres de bastante importancia: las últimas voluntades del prócer Francisco del Rosario Sánchez, dictadas, antes de subir al patíbulo de San Juan, al mismo Coronel Antonio

(1) Véase una breve noticia biográfica de Madrigal en la revista *Clio*, núm. 83, enero-abril de 1949, pág. 31.

Delfín Madrigal, y que éste intitula *Recomendaciones del amigo Sánchez*; un manuscrito del Pbro. Juan de Jesús Fabián Ayala y García, en el que este virtuoso sacerdote narra muchos acontecimientos de la vida dominicana de que fué testigo y que llama *Desgracias de Santo Domingo*; y un diario con el siguiente título: *Operaciones. Anotaciones en globo de la insurrección en Santiago el mes de Agosto de 1863 y continuación hasta el fin de la guerra por días correlativos*, diario que García cita en su *Historia* y dice que fué redactado "por un cabo peninsular de buen humor."

De estos documentos se han publicado ya tres: las *Recomendaciones del amigo Sánchez*, insertas en un trabajo que publicamos en el periódico *Listín Diario*, edición correspondiente al 3 de julio de 1931 y reproducidas por el Lic. Ramón Lugo Lovatón en la página 168 del volumen segundo de su obra *Sánchez*. Una certificación de los servicios y méritos del señor Madrigal, expedida por el general don Pe-

dro Santana en Santa Cruz del Seybo a 21 de Abril de 1863. Y una carta del general don Pedro Santana a Madrigal, escrita desde el Cuartel General de Mojarra, fechada el 15 de septiembre de 1863, a las nueve de la noche, en la cual aquél ordenaba a éste marchar inmediatamente a unírsele, con la gente del Seybo que tenía a sus órdenes, sin tocar en Los Llanos: estos dos últimos documentos fueron publicados por el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi en su conocido libro *Papeles de Santana*.

Hoy continuaremos la publicación de estos interesantes documentos. Hélos aquí:

I

Carta de Lavastida a Madrigal

Secretaría de Gobierno y Dirección General de la Gobernación.— Señor Comandante — Su nota de Ud. ha sido leída y muy atendida en todas sus partes. Con esta misma fecha mándase buscar al Gral. Pascual, quedando el Gral. Juan R. Herrera encargado de la Comandancia de Armas.— Ud. de consiguiente puede marchar para ésta cuando quiera.— Dios Gde. a u. ms. es.— Lavastida.— Sto. Dgo. Abril 15/61.— Sr. Teniente Coronel D. Antonio D. Madrigal, Samaná.

II

Carta de A. Alfau a Madrigal

San Cristóbal 2 de junio 1861 — Mi estimado Madrigal:— Estoy impaciente por tenerlo a mi lado, así es que espero que si no le gusta el caballo que le dejé, compre uno que yo lo pagaré, o que se vaya a Azua por mar.

Su Afmo. amigo

A. Alfau

III

Del Gobierno Militar de Santo Domingo

Remito a V. el certificado de los servicios que tiene prestados y que el Exmo. Sr. Capitán General ha pasado a mis manos con esta fecha y a consecuencia de su oficio de 6 del actual.— Dios gue. a V. ms. as. Santo Domingo 29 Abril 1863.

José P. Malo

Sor. Tent. Cornl. de las reservas Provs. D. Ant^o Madrigal,

IV

Un recibo interesante

He recibido de Don Antonio D. Madrigal la cantidad de *quinientos* pesos 50/00 fuertes, por el primer trimestre del remate de la Alcabala que ha sido adquirida por dicho Sor. en la suma de mil un pesos fuertes durante el Ier. Semestre del presente año. FS500.50 Santo Domingo, Enero 6 de 1864.

El Mayordomo de Propios
Franco. Pou.

V

Del Gobernador Vargas a Madrigal

Capitanía General y Ejército de Santo Domingo.— Estado Mayor.

He tenido a bien nombrar a V. para que marche al Seybo y poniéndose de acuerdo con el Sor. Gobernador militar de aquella provincia proceda V. a remitir a esta Capital en la forma que considere más conveniente la Artillería, municiones y efectos de guerra que no sean absolutamente necesarios para la defensa de aquel territorio, en el concepto de que para sufragar los gastos de transporte que ocasiona esta comisión doy las órdenes oportunas al Subintendente Militar para que facilite a V. trescientos pesos.

Así mismo doy con esta fha. el oportuno conocimiento a los comandantes de armas de San Antonio de Guerra y Macorís para que facilite a V. todos los auxilios que sean necesarios y a este último prevengo además, que en el punto que V. le designe se le presente a recibir sus órdenes. Al propio tiempo digo lo conveniente al comandante de armas de Hato Mayor y al oficial encargado del destacamento de dicho punto para que en el caso de que tenga V. que efectuar alguna operación militar se ponga a sus órdenes con la fuerza de su mando.

Dios gue. a V. mus. Añs.— Vargas — Santo Domingo 7 de Enero de 1864,— Sr. Teniente Coronel de las reservas provinciales D. Antonio Madrigal.

VI

Una acusación contra Madrigal

Subinspección de las Reservas Provinciales de la Isla de Santo Domingo — El Exmo. Sor. Capn. Gral.



con fecha 22 del actual me dice lo siguiente: "En vista de la instancia que me ha sido dirigida por el Teniente de las reservas en situación activa Dn Cayetano Peguero de Aquino en queja contra el Coronel de la misma clase D. Antonio Madrigal, Gefe de las fuerzas del mencionado instituto existentes en esta provincia, atendiendo a lo que dicho Gefe informó a V. E. sobre el particular, y no pudiendo menos de tener presente las circunstancias de que el citado Coronel ha cometido un abuso al disponer presten servicio a los oficiales que no perciben sobre sueldo alguno, cuando está prevenido que los que empleen en asuntos de servicio activo disfruten dicha ventaja; que dicho Gefe ha cometido una arbitrariedad al imponer un arresto al Teniente Peguero; tan solo por que este hizo su representación en la forma respetuosa que permite la Ordenanza; que aparece probada la poca formalidad con que el Coronel Madrigal lleva los turnos del servicio sobrecargando a unos, y eximiendo a otros; que segun informes que he recibido no lo han prestado, y en el deber en que estoi de velar por todas las clases militares, e impedir y corregir los abusos que puedan cometerse y de los cuales no resulta bien alguno, sino que al contrario indisponen los ánimos de aquellos que siempre han procurado cumplir fielmente con sus deberes; he resuelto que V.E. amoneste seriamente al Coronel D. Antonio Madrigal manifestándole el desagrado con que he visto su comportamiento y que al propio tiempo me proponga V. E. otro Gefe que merezca toda la confianza para que lo releve del cargo que ejerce. Así mismo se servirá V.E. manifestar al Teniente Don Cayetano Peguero, que ha estado en su lugar al hacer su reclamación. Y lo digo a V.S. para su conocimiento y demás efectos.— Dios gue. a V.S. ms. as.— Sto. Domingo 27 de Diciembre de 1864.— Alfau.— Señor Coronel de las fuerzas de Reservas de esta Provincia.

Al margen de esta carta, que constituía un cruel desengaño para todos los *santanistas*, escribió el Coronel Madrigal, mohino y despechado: "Dice. 29/64.— Enterado! — Más vale malo conocido que bueno por conocer— Quien bien tiene y mal escoje por mal que le vaya que no se enoje".

VII

Carta a Manuel Rodríguez Objío

Santo Domingo, Agosto 23/865.— Mi querido Manuelico— Todas tus cartas particulares y una *semi-oficial* las he recibido oportunamente.— Antier

te escribió Pedro Valverde suponiéndote en el Maniel y se te dirigió la carta para aquel punto.— En ella te dice Pedro que permanezcas en Azua para que dirijas la campaña eleccionaria que principiará el día 10. y terminará el 8 del próximo venidero.— En este particular lavo mis manos, porque nosotros, compadre, en conciencia debiéramos apartarnos de toda participación en los trabajos eleccionarios para que no se diga que volvemos a las andadas queriendo imponer al pueblo la voluntad de la camarilla. Que tú que no mandas sino tus soldados te mezcles en estas cosas y trabajos como cualquier otro ciudadano, enhorabuena; pero nosotros no debemos ser más que simples espectadores y *san se acabó*.

De un momento a otro se espera aquí a Pimentel, Pedro Martinez y Vicentico Morel. Como es que vienen, no lo sé; pero es el caso que nos conviene apartar a estos marchantes del teatro donde tantas maldades han cometido.

Cabral llegará mañana a Santiago, donde permanecerá los días que precisamente necesite para la organización provisional de aquella Prova.

Al Chivo lo tenemos seguro en el Fuerte de Sn. Luis; y para acá vendrá.

Tu afmo.

Madrigal.

A nuestra vista hablaremos sobre las cuestiones de ascensos, en las que protesto que no llevo interés personal directo, porque Dios me ha dado conformidad para todo.

VIII

Esqueja

El Cónsul de Chile

Suplica al Sr. de Madrigal y amigo, tenga la bondad de acercarse mañana viernes a su Oficina a las diez de la mañana, pues cree que puede llenarle sus órdenes en el día.

De Vos Servidor

New York jueves 25/858.

IX

Entre estos papeles se encuentran borradores de algunas cartas escritas por Santana al Gobierno español después de la in-



surrección del 16 de Agosto de 1863, entre ellas su célebre carta al Ministro de Ultramar, firmada en el Cuartel General de Guanuma el 10 de octubre de 1863; lo que confirma la información de don Antonio Lluberes y Alvarez. También se encuentran páginas de un trabajo no oficinesco que pensó escribir y el cual comienza del siguiente modo: "De algún tiempo a esta parte me ocupo en adquirir datos precisos a fin de poder producir una relación de la Isla, abarcando, en cuanto sea posible, aunque con la debida concisión, sus diversas fases, a fin de que se tenga una idea aproximadamente exacta de la importancia política, marítima y comercial, como así mismo de la agricultura e industrias y demás recursos que dan vida y movimiento a este vasto territorio." De este trabajo vamos a publicar ahora la parte que intitula *Política* y que dice así:

Política.— El estado actual de la política de Santo Domingo se halla en la mayor complicación. La mayoría de los dominicanos niegan su conformidad a la anexión a España operada el 18 de Marzo de 1861.— Este conflicto cuesta a los contendores grandes sacrificios; y naturalmente todos los intereses relacionados en el país se sienten afectados.— La República Dominicana tenía una vida propia y gozaba de su autonomía como las demás Repúblicas hispanoamericanas y estaba reconocida por las principales naciones de Europa, con las que trataba de igual a igual. De la supresión de esta nacionalidad ha surgido el disgusto. La forma en que se llevó a efecto la reversión, se califica de defectuosa por que no se hizo una consulta universal por medio del sufragio; pero habiéndose consumado en el hecho, las cosas se han enseriado de tal modo que hoy se ventila la cuestión por medio de las armas. La lucha parece desproporcionada. De un lado la España con todos sus elementos terrestres y marítimos de que puede disponer en estas antillas, y del otro lado la mayoría de los dominicanos sin mas recursos que los que le brinda su propio suelo. Los españoles tienen fuerzas y recursos superiores; pero operan con las desventajas del clima, que mensualmente les destruye el 30% de sus fuerzas, y con las que ocasionan los accidentes del terreno que no se presta para desplegar combinaciones densísimas. Los dominicanos por el contrario atendidos a sus solas fuerzas y recursos, acostumbrados a una vida de guerrilleros, tienen en su favor las condiciones que molestan al ejército español. Pero es preciso convenir que unos y otros combaten bizarramente; si los españoles satisfacen el orgullo de su

nación. los dominicanos admiran con su heroísmo. En medio del conflicto que produce esta lucha no se nota encarnizamiento ninguno. No hay odios ni de una ni de otra parte. El trato humanitario que mutuamente se da a los prisioneros es una prueba de la hidalguía con que se combate. Sin embargo, la guerra sigue con toda su pujanza. Los dominicanos dominan todo el interior del país y tienen el centro de su Gobierno en la ciudad de Santiago. Los españoles ocupan los puntos litorales. En nuestra condición de extranjeros no nos atrevemos a hacer consideraciones acerca de esta cuestión: nuestra posición neutral no nos deja ver mas que dos ejércitos combatiendo sobre una espaciosa área, el uno disputando el dominio y el otro defendiendo el derecho de su independencia y libertad. Este es el estado actual de la política en Santo Domingo."

Por la forma con que termina este capítulo, es lógico suponer que Madrigal escribía por cuenta de alguna agencia de publicación extranjera, o que el pecado de la anexión, que tanto pesaba sobre él, lo hacía sentirse extranjero en su propia patria, lo que no deja de ser un acto de sublime sinceridad.

X

Monograma personal
(dos letras *B* rojas)

Ciudadano

Santo Domingo Enero 18/866.

Contestando la atenta comunicación de V. fecha 16 de los corrientes tengo el honor de participarle que mañana a las cinco de la tarde recibiré de muy buen grado la Comisión a que se contrae.

Con sentimientos de consideración me suscribo
S. S. S.

Buenaventura Báez

Ciudadano Ant^o D. Madrigal, Gran Secret^o del Grande Oriente Nacional de la República Dominicana.

XI

DESGRACIAS DE SANTO DOMINGO

Por el Padre Ayala

De este manuscrito, además de su original escrito con caracteres y otros signos



propios del arte de escribir antiguo. Magrigo había hecho una copia, con letra clara y legible, sin duda para facilitar su lectura; copia que es la que utilizaremos en la presente publicación.

Prólogo

Aunque al presente, querido lector, carezco de aquellos principios científicos con que adornados los hombres de ellos se patentizan al universo, atrayendo hacia sí, no sólo la atención del pueblo, sino es también la aprobación de los sabios y juiciosos. No obstante, hermano mío, me encuentro, por decirlo todo, en aquella devorante disposición de daros algunos conocimientos históricos, con que nuestra descendencia, quitándose el velo de la inocencia, o más bien las vendas que ocultan los objetos a nuestro conocimiento, puedan de una vez recorrer todas las páginas que los contienen, y cerciorarse por extenso de los acontecimientos aciagos de nuestra Isla Dominicana; tales son de los que he sido participante en las convulsiones políticas que ella ha sufrido por espacio de 55 años que contamos en el presente siglo: puede ser acaso, que al referiros algunos de ellos, me prestéis vuestra atención y me daréis la razón, pues aunque todos no hayan visto y oído, ya por la edad o por haber emigrado o haber estado distantes, con todo, varios habrá, como efectivamente los hay, que lo saben, lo han visto y tocado de bulto, no os suplico otra cosa por tanto, sino es que no te hagas cargo de mis sencillas líneas que en nada abultan de pomposas ni de alta erudición, si no es de deseo de complacer vuestra curiosidad, por instruirlos en los pormenores de nuestras vicisitudes, que algún día os podrán servir de vehículos para allanar vuestras dificultades; y si allá el pueblo israelítico, no dejó de tener varones prudentes, que ahora nos comunican tan portentosas maravillas, para instruirnos en lo sucesivo, nada tendrá de importuno, que yo aunque falto de erudición, os comunique por mi pluma todo cuanto han tocado mis sentidos en aquellos fúnebres tiempos, que el Señor nos ha concedido para alabarle por una eternidad, mediante a que aún nos permite certificarnos ocularmente en los del día.

Yo, querido lector, siendo oriundo de la ciudad de la Vega, el primer pueblo interno de la Isla Dominicana; mis progenitores allí me hicieron ver la luz que hoy también veo, mi nacimiento en dicho lugar tuvo el suyo el 27 de Diciembre de 1789, allí recibí los principios de mi corta educación con varios preceptores (Q. D. G.) hasta que hallándome en la edad de once años hacia el de 99, del siglo pretérito, prin-

cié a estender las facultades de mi alma y a imponerme por menor de los acontecimientos preteritos de nuestra isla, y por medio de la tradición de hombres sensatos, me instruí de que en el año 95 del siglo anterior de 1700, tuvo lugar la cesión de esta isla en la parte oriental a la Francia por cuya causa las familias más pudientes emigraron a los países españoles circunvecinos con todos sus bienes que habían poseído, de donde resultó el quedar arruinadas las haciendas, los hatos de todo género, y dispersas las familias por todas partes del hemisferio, por cuya causa, devastadas las ricas poblaciones de esta parte del Este, y de nuestras fronteras, cuyos habitantes abandonaron sus hogares y propiedades para huir aterrorizados de los horrores que los haytianos cometían en la parte francesa, de donde ya los acontecimientos de la revolución y la libertad general concedida a los negros y mulatos con la igualdad delante de la ley, habían hecho una explosión espantosa, que alternativamente se levantaban facciones ya de los blancos y mulatos contra los negros y ya de éstos contra aquéllos, hasta que al fin reunidos los negros y mulatos, destruyeron a todos los blancos, incendiando, devastando, matando y pillando todo lo que pertenecía a la clase blanca, presentándose dramas tan horriblos que no pueden describirse, y que llenaron de espanto no solo a los vecinos limítrofes, sino es a los demás de la isla y de las otras antillas que admiraban la crueldad y ferocidad de aquellos hombres; en los pueblos de San Miguel e Híncha, se escaparon ciertos cabecillas nombrados *Ogé* y *Chabane*, los que habían propagado en el Guarico la insurrección de los mulatos, viniendo después a implorar el auxilio y asilo del gobierno español, y habiéndolos reclamado del suyo por un comisario francés, le fueron entregados, y apenas llegaron, que murieron en la tortura, y sus miembros despedazados, se pusieron a la espectación pública: Esto animó más la revolución y parece, que comprometió los intereses políticos de la parte española, que permaneció en un gobierno precario.

Hacia el año 99 del siglo pretérito se dividieron en partidos los negros y mulatos de la parte francesa, disputándose el mando y la primacía.

El General Rigó que capitanea a los mulatos en la parte del Sud y del Oeste, tenía por rival al General *Toussain*, que estaba en el Guarico a la cabeza de los negros, y como estos eran en mayor número, fueron vencedores; pero su triunfo se selló con la sangre de infinidad de víctimas y con una multitud de crímenes y horrores espantosos, que cuasi no se habían visto en alguna revolución, por que la peor de



todas es la de aquellos que nada tienen contra los que tienen algo, y la más enfurecida y deplorable es la de las castas, porque arrastran consigo las recriminaciones que engendran la antigua servidumbre y las preocupaciones, que no se pueden borrar sin el transcurso del tiempo y con el auxilio de la civilización, que es obra de la Religión, de la moral y de una sana filosofía.

Fué por este tiempo que principié a estender la vista hacia el Occidente, y compadecido mi corazón, veía llegar estropeadas y miserables las familias del Oeste, que escapando de sus asesinos agresores, se acogieron a nosotros hasta el presente divididas en diversos pueblos del Este.

¡Fué inhumanidad! este refería la muerte de sus padres y hermanos, aquella la del marido e hijos, y el otro la de sus parientes y amigos, todos, todos lloraban su deplorable suerte sin olvidar los bienes, que sus enemigos les habían arrebatado de sus casas y de sus haciendas, dejándolos a todos sin un corto auxilio con que sustentar sus necesidades, y atenidos únicamente a la piedad cristiana que los socorría.

Toda esta gente pues, siendo de color se unió con nosotros, tanto en el comercio como en la labor y agricultura, que quisieron elegir hallando tan buen auxilio que todos unánimemente, vivíamos, trabajábamos y gozábamos de aquel reposo a que convida la paz, que toda esta parte gozaba, de suerte que nuestras familias uniéndose con las del Occidente, formaban una sola, protegiéndose mutuamente por donde aquellas pudieron en lo sucesivo, formar sus fincas y capitales con que hasta el presente han subsistido muchas de las que no siendo de ánimo turbulento, han seguido el sistema territorial de Gobierno.

El General Toussain Louverture que era entre aquellos el Caudillo, no contento con los sacrificios que había hecho contra el color, pretendió estender su conquista hasta el Este de la Isla en donde sus habitantes pacíficos gozaban de una paz inalterable y en el año 1800, del siglo anterior, armó todas sus tropas y sin más que el deseo amplio de poseerlo todo, se apoderó de nosotros y de todo el territorio. Yo digo la verdad, que ni entonces ni después, sabía lo que nos había sucedido, hasta que vimos, que llamando a los vecinos a la plaza pública, escogió una multitud de jóvenes y los envió al Guarico, diciendo que iban a aprender música; yo que entonces contaba más de dos lustros, me escapé saliéndome al campo, distante una legua, desde donde oía las voces y alaridos de los que como yo, dejaban a sus ma-

ñores anegadas en lágrimas, y sus padres arrepentidos de haberlos engendrado. De aquellos, pocos fueron los que tuvieron el gusto de volver a sus casas y familias, por perecer fuera de su patria, añadiéndose a esto, otro reclutamiento de hombres, que mandó encerrar en el morro de Puerto Plata donde pocos escaparon, e igual caso le sucedió al pobre hijo de Santo Domingo, pues dispuso este General, que fuesen al aprendizaje y demás; pero fué para destruirlos como los destruyó, precipitándolos en un abismo, mancornándolos de dos en dos: todo es bien notorio en toda la isla y en el extranjero.

Parece que la providencia del Altísimo velaba siempre benigna sobre su grey pues al cabo de algún tiempo *Tousaint* nos condenó al cuchillo para lo cual expidió sus órdenes al General Polo, que gobernaba en Santo Domingo, para que degollara a todos los de color; pero hay que advertir: que la Armada de los franceses, estando a la vista, no sabía lo que debía determinar para poder tener entrada en la isla y aconteció que el correo que envió para Baní con Juan Felipe traía carta visible en que decía al General Polo que inmediatamente que la leyera entregara la plaza a sus amigos los franceses; pero habiéndolo apresado el Comandante Ayo le encontraron entre las suelas de las botas la carta en que le ordenaba pasar a cuchillo a los dominicanos, y con esta noticia dicho Ayo remitió a los franceses, y mostrándole ambas cartas; pero validos de la primera, no dudaron encontrar acogida con el general Polo, como efectivamente lo hicieron, presentando su carta y desde el momento entregaron la plaza a los Señores franceses y se retiraron de todos los puntos del Este.

Tengo este hecho tan presente, que por cierto las tropas que pasaron por la Vega, iban tan precipitadas, que dejaron ropas, municiones, dineros y comestibles.

Es bien de conocer que como los señores franceses gobernaban el país, que nosotros contribuyésemos en ayudar a conservarlo y las investivas y estratagemas de Toussain se extendían siempre a los orientales por lo que el general Ferrand ordenó que las fronteras estuviesen cubiertas de hombres armados y aguerridos para las incursiones de los occidentales que a cada paso hacían sus acometimientos hostiles para poseer de nuevo la parte oriental de la isla.

No dejaré en silencio el que en tiempo de Toussain como hubiese una compañía que llamaban de gendarmería a cuya cabeza estaba de Capitán un mentado Miguel Solibúá, hizo este un viaje al Gua-



rico para consultar de qué modo se harían los Orientales para evadirse de los de color a que se le contestó que del modo que ellos hicieron con los Occidentales, podían también hacerlo ellos con los orientales: tramóse la conquista, escribieron sus listas con los gefes y mugeres de estos, y ya al reventar el corso, se descubrió y apresados los motores perecieron una porción.

Refiriéndome otra vez al párrafo anterior en que hablaba de las fronteras, aconteció que estando los nuestros en Dajabón, pueblo limítrofe, una noche acometieron los Occidentales en término que se posesionaron de él y como fueron despertando los primeros, tocaron al arma y en breves momentos, arrollaron al enemigo con la voz del General Polanco haciéndoles huir con pérdida de tantos, que la sangre por arrollos, bajaba al río de *Masacre* de los occidentales: vide ese ataque y victoria, algunos morriones, sables y demas pertrechos bélicos.

En el año dos de este siglo como gobernados por los franceses, apareció el General Cruá en nuestro territorio, y sabiendo que en el Santo Cerro de la Vega había varias alhajas de oro y plata, se apareció allí con los de su séquito y poniendo sacrílegamente sus impuras manos en el sagrario, extrajo la Santa Reliquia cubierta de filigrana de plata y quitando la de oro, cargó con ella, dejando solo la de plata.

Mas como el enemigo siempre está vigilante a las acciones y movimientos de sus contrarios, y como por otra parte los Occidentales habían celebrado su pacto fundamental en el que tenían un artículo, que afirmaba tener por territorio de su república toda la extensión de la isla y sus adyacentes contra todo derecho, porque nadie puede tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño sin pecar y quedar obligado a la restitución. Sin embargo ya lo habían jurado (como Herodes a degollar al Bautista) que era preciso ponerlo por obra mal que nos pesara y a ellos también, para este fin observan, que en el Cibao estaban muy descuidados y llenos de regocijos populares, que aunque había algunos preparativos, se abusaba del silencio del enemigo, para darse a todo género de diversiones, sin vigías ni centinelas, abandonadas.

Contábamos ya el año cinco, del siglo presente y en medio de las alegrías del carnaval ¡qué horrendo día! Se presentaron los Occidentales armados en número de 22000, se les hace fuego en Yaque, se derriba el cañón del barrancón (que dijeron ser intriga) y desconcertada nuestra tropa, rompen las trin-

cheras del río, pasan de este lado y corriendo al momento hasta el pueblo, matan, derriban, degüellan a cuantos encuentran y saliendo el General Serapio Reynoso al encuentro del enemigo, como los dragones de aquellos vinieron en la vanguardia, encontrándose éstos y aquellos en Gurabo un llamado Sabrán de un sublazo mató a nuestro campeón y los demás que con él venían.

Santiago en este día del juicio y la sangre corría por todas partes: el General Franco (Q.P.D.) pudo escapar entonces, montado al pelo en un caballo, en que corrió a rienda suelta y llegando a Licey ensilló y se puso muy pronto en la Capital. Dejo a la prudencia y contemplación del lector lo aciago de este día, no solo en Santiago, sino es también en toda su circunscripción. Dn. Pepe Tabares (P.D.) siendo clérigo de hábito talar escapó saltando mayas de dos y tres varas de ancho para refugiarse en los pueblos orientales, pues su Señorita hermana Margarita (D.G.) que se quedó en el pueblo de Moca, después sabréis lo que le sucedió.

Como a las nueve de la mañana ese día el Señor José Reynoso, vecino de la Vega, que había ido a Santiago, se apareció a carrera suelta en un caballo al pelo, anunciando a voces lo sucedido. El pueblo todo consternado, no hacía otra cosa que huir: tiendas y pulperías surtidas, todo se quedó, y al medio día no quedó un viviente en el pueblo, pues cada uno procuró salvarse lo mejor que pudo y nadie atendió a interés mas que a los personales.

Mi familia conmigo, conducida por un conocido, debiendo internarse en una montaña para escusarse de los encuentros hostiles del enemigo, nada menos, pues, nos condujo en un lugar llamado Simana en donde al siguiente día, posesionándose los Occidentales de ella, nos precisó, en donde venían alhajas, dinero y prendas y todo les quedó entre las uñas y nosotros dispersos por la montaña, pudimos por la tarde encontrar una habitación llamada la Jagua, en donde estuvimos sin novedad por espacio de 28 días que permaneció el sitio en Santo Domingo, y al fin de este tiempo el General Clervó que gobernaba en Gefe las tropas publicó una proclama en todos los pueblos, ordenando que todos los refugiados en los montes, saliesen a ellos para que así se pudiesen escapar de los desórdenes del ejército: así lo hicimos, muchos salimos de las guaridas, y como fuéramos entrando, íbamos mirando una multitud de víctimas, que aterradas de las mismas órdenes, se habían presentado y todos juntos nos hicieron marchar para las colonias entre filas del ejército a balloneta calada;



todos los espíritus infernales parece que comunicaban su malicia y atrevimiento a semejantes urangutanes. Nadie en semejante camino podía llevar sombrero ni calzados; las niñas delicadas iban descalzas llorando y los niños que aún no sabían bien andar les era preciso alargar el paso, asidos del vestido de la madre, que llevaba otro cargado y el bojote en la cabeza para socorrer sus necesidades.

En el río de la Vega que llaman Camú al pasar de noche oscura se dijo, que María de Sierra, falta de juicio, como no pudiese pasar bien, que la habían entrado al agua y se ahogó. El anciano Dn. Juan Maguioi, italiano aritmético, que no podía andar a pies, lo montaron en un caballo viejo al pelo, y a pocos pasos se calló y fué víctima: otro anciano de la familia Martínez, paralítico, a súplica de los hijos, fué puesto en una litera, pagándoles ocho pesos fuertes a cuatro de ellos y por donde llaman Guaco, lo hicieron a un lado del camino y le dieron su pasaporte: así se dijo. No había remedio a tantos males; puercos, ganados y caballares en partidas, todos íbamos juntos, siendo necesario apartarnos del camino para que no nos estropearan, y esto mismo con los jefes a cada paso, pues pasando en grupos nos era necesario cederles el puesto.

En estos términos y muy estropeados, como llenos de hambre y sed, llegamos a Esperanza, litoral de Guayubín, en donde había algunos botes, que entre dos días, nos pasaron. Pero como era preciso pasar las noches en esas breñas, allí esos lobos carnívoros, hacían sus víctimas en medio del candor y de la inocencia de las niñas, sin que se aterrorizaran al oír las exclamaciones de unas tiernas plantas, que sufrían el martirio de sus floridos años. Algunas había que para evadirse de semejantes peligros se adherían a algunos jóvenes de amistad para que las garantizaran como esposas de ellos para que no las compeleran a sus brutales deseos, en cuyos términos llegamos pues a nuestro destierro, mal comidos, estropeados y el duro suelo por descanso, hasta ponernos a la presencia del Rey Henrique Cristóbal, que en su Palacio de San Suci nos repartió como esclavos a varios Comandantes del distrito, y como allí hubiese una mata de caymito fructífera, una pobre embarazada se le antojó comer de ellos y mandó tumbarle una porción para saciar su apetito, haciéndola comer tantos, que la acometió tan fuerte apoplejía, que se insultó; mas luego el rey mandó por un médico para que la curase, pena de la vida, el facultativo la hizo tomar un vomitivo con que a un tiempo escaparon la vida: esto lo supe por tradición y no ocularmente. Cada uno fué después a su habitación a que había

sido asignado, tocándole a nuestra familia en donde llaman la *Cae Caret* a las faldas del Castillo de Milor hacia el norte; poco antes de llegar un satélite de los de boca colorada dió un empujón a mi pobre abuela (Q.D.G.) que cayó entre unos campeches y se le arrancó toda la palma de un pie que daba compasión el verla, y habiendo llegado la echaron piedra lipe en la herida, por lo que a los tres días no pudo escapar de manos de la parca.

Tenga el lector la bondad de permítirme en este lugar de que refiera uno de los hechos memorables, que pertenecía al párrafo anterior, como lo ofrecí en una página sobre la Señorita María Tabares, ya difunta y otras de igual categoría.

Luego que los Occidentales principiaron a bajar del sitio, que pusieron a Santo Domingo, el General Clervó ordenó sigilosamente que en el pueblo de Moca, en el Cibao, todos perecieran a cuchillo y para esto un día festivo, llena la Iglesia de toda clase de gente, mayores y menores, bloquearon la Yglesia en que oficiaba el R. P. Fray Pedro Gerardino (Q.D.G.) y avisado este por un oficial, de que solo él escaparía entre el templo, escortó desde el altar al Pueblo, al Comandante y plana mayor para que hiciesen un acto de contrición porque iban a morir en el momento. ¡Qué conflicto para tantas víctimas que llenaban la Yglesia! todos pues haciendo su deber como cristianos; pero la Señorita María Tabares y otras varias aunque heridas escaparon bajo los cadáveres de sus semejantes y vivieron después de eso en la Ciudad dominicana, donde varios lo sabrían de su palabra: igual caso cuasi sucedió en Santiago de los Caballeros, pues en los portales del cabildo ahorcaron a varios del Ayuntamiento y además en el Cementerio de la Iglesia degollaron cinco eclesiásticos, llamados los Padres Basarte, Lima, Basques y un clérigo de hábito talar, llamado Ortega, que se tiró al río de Yaque.

Haremos ahora una transgresión, para volver a nuestro destierro a la *Cae Carec*, pues luego que mi Señora abuela expiró, nadie había en casa que la pudiera volver al origen de donde salió, pues todos estando enfermos, cada uno padecía un achaque lo mismo que otros vecinos; pero al fin la caridad de algunos individuos, los movió a sepultarla ¿en dónde os parece? en un platanal, que era el cementerio de los cautivos despatriados, por lo demás concluiré, que cuando mejoramos de viruelas unos y otros de erupciones, llagas e inflamaciones, éramos llamados diariamente para ir al trabajo; pero, como estábamos achacosos, nos dejaban quietos.



Parece fué voluntad de Dios, que al cabo de dos meses (como hacían otros de los socios) todos nos mejoramos de nuestros males y partimos para el Guarico sin que nadie lo sintiese; allí había un sin número de conocidos, que hacían lo mismo de sus habitaciones: allí tomamos plaza de sastres de la República y con este motivo, aunque nos veían, nada nos decían, hasta que por voluntad del Señor, nos evadimos y salimos huyendo del cautiverio desde el Guarico hasta Juana Méndez y de aquí a las montañas del Carrizal, hasta llegar a nuestra deseada patria. Dejo no obstante por contaros una infinidad de cosas y acontecimientos, para ceñirme únicamente a los trámites con que principié para no seros molestos: esto mismo y mucho mas aconteció por la banda del Sur. Os suplico rendidamente no miréis en estas líneas, solo es el deseo de complaceros en el conocimiento de tantos acontecimientos que se muestran en la historia de nuestra Isla Dominicana aunque estos no son todos, pues hay mas que referiros de los tiempos pretéritos y futuros de cuyos resultados os presentaré lo mismo que supieseis y también lo que hubieseis ignorado por mil causas que se oponen a vuestro conocimiento; pero antes de nuestra salida del Guarico, pues os puedo asegurar que sucedió en mi casa.

El Sor. Dn. Pancho la Sala (Q.D.G.) que fué hecho comandante de la Vega al retirarse los Occidentales que pusieron el sitio en Sto. Domingo y llegando a dicho Guarico, se quedó *in nómine* en su casa con el empleo de comandante de los españoles como por política, y aunque lo tenía era como un título *sine re*, y por tanto comía y vestía por que él era uno de aquellos sugetos del Peñón que habían tenido facultades y bienes para vivir de ellos, por medio de sus hijos, que iban y venían a buscar y traer sus provisiones: sucedió pues en esta Epoca, que el General Toussain Dó de la Ché Sammedí le debía cierta cantidad, y valido de las necesidades que padecía, ocurrió al dicho Dn. Fran^o exponiéndoselas, y sin contestación alguna el dho. General, espuso a Dessalines que entonces gobernaba, que dho. la Sala no convenía, que era de sospechar, que así como cuando él estaba en la parte española se carteaba con ellos avisándoles todo lo que ocurría, que era factible también que lo hiciera ahora estando con ellos lo mismo, y como ellos no necesitan de averiguar ni justificar sus actos sospechosos, Saz, echándole manos de noche en la calle: como era tan natural, que su familia indagase su paradero, andan, van y vienen hasta que a los tres días vienen a saber de su residencia y para esto nosotros que vivíamos con ellos sabíamos todo lo que pasaba y ayudábamos en

lo que podíamos y pasados algunos días, al irle a llevar los alimentos no lo encontraron, y salieron llorosas, conociendo que le había sucedido alguna tragedia; efectivamente, pues un amigo de la familia se acercó a ella y en secreto les aseguró que no existía, pues la noche anterior le habían ido a buscar con una escolta y al decirle que su Gefe lo llamaba, contestó no ser su gefe, solo su muerte y que sacándolo al campo lo quitaron la vida a ballonetazos. ¡Dejo a vuestra prudencia los efectos que causaría esta infausta noticia entre mujer, hijos e hijas!!, mas os aseguro, que esa Señora era una Judit en lo fuerte y el resto de la familia lo mismo, pues sin aguardar más, se retiraron al Peñón a huir de lugar tan funesto en donde quedaron viudos y huérfanos, careciendo de esposo y de padre, de todo lo cual fuimos testigos oculares, ayudándoles a sentir su viudedad y horfandad: Dios haya dado al primero un santo reposo por los beneficios que recibimos de su piadosa benevolencia y a los demás una asistencia abundante para poderse socorrer en el lugar que se encuentren.

Luego que nosotros presenciamos una catástrofe tan triste, entre unos hombres tan asesinos, junto con los deseos que nos devoraban por la madre patria, hubimos de encontrar un conocido de nuestro país, que aunque era soldado, se apresuró a guiarnos por sendas estraviadas desde el Guarico hasta Juana Méndez, escusando las guardias del camino, y como entre Sábado y Domingo, todos salen y entran a sus negocios, escogimos el Domingo a las diez de la mañana, andando sin cesar hasta de noche, hasta que llegamos cerca de la centinela frente a Bayajá, oscuro como estaba fuimos por entre un monte de espinas hasta pasar dicha guardia; siguiendo nuestro camino, unos llegamos a las diez, otros a la una y otros a los ocho días, hospedándonos en un arrabal, donde había otros gimías como nosotros en la misma disposición: súpolo un soldado conocido y vino a proponernos, que se llevaría los bojotes que habíamos traído, porque de nó, vendrían los demás a pillarnos: él se los llevó y quedamos como el page de San Juan de Dios.

Luego sabiendo por Felícita Amézquita (que aún guiaba al coronel de Plaza) que entre Sábado y Domingo se recogerían los dominicanos que habían en el pueblo para enviarlos donde llaman Canarí, nos reunimos trece personas conocidas, cada uno con su bojote, y galán galán nos salimos por el camino de Da. María y pasando por Masacre a la rodilla tomamos hacia el oriente sobre las montañas del Carrizal, donde gastamos cinco días para llegar a Guayubín



por un rancho de marotos donde llaman Martín García, y como el hambre nos apuraba lo mismo que la sed en todo ese tiempo, luego que nos encontramos en un platanal entre el monte, comimos tantos maduros, que en algunos produjo calenturas; pero no por eso dejamos de andar y pasar a Guayubín para venimos a nuestra patria en donde dimos muchas gracias al Señor de habernos librado de nuestros enemigos y fuera del cautiverio, para de ese modo hacer himnos de alabanzas a Dios por unos beneficios tan grandes, venidos de sus piadosas manos.

Contando pues sobre el año ocho del siglo en que principiábamos a resollar y a batir nuestras chozas en lugar de las casas incendiadas por los occidentales, en todos los pueblos, hubo lugar para que nuestro gobierno, reclamara los individuos que ellos se habían llevado, y efectivamente vinieron algunos que lo supieron y pudieron hacer el viage; por el año nueve, poniendo sitio a Santo Domingo Dn. Juan Sánchez Ramírez por haberse cedido a la Francia con su comarca dicha ciudad, por una capitulación se entregó la plaza a los dominicanos y desde esta época tuvimos alguna tranquilidad; pero continuando todavía la miseria, nos vimos algo afligidos con los billetes emitidos el año doce por carecer de moneda fuerte.

Dispuesto yo para recibir órdenes mayores de la Santa Iglesia, como en el año catorce gastara seis meses en la Isla de Puerto Rico no pudiendo conseguir mas que el subdiaconado, por estar el Sor. Obispo enfermo y morirse, hube de hacer un segundo viage a la isla y ciudad de Cuba (?), donde recibí hasta el presbiterado; pero antes de salir de los litorales de la nuestra, por el frente de los Cayos, en el 1o. de Enero del año quince, fuí sorprendido por un buque haitiano, que decía insurgente y cuyo capitán no conocí por entonces por ser la primera vez; pero aseguro, que no siendo él el tesorero último que tuvimos de las cajas nacionales en Sto. Domingo, no hay puerco prieto ni pinto ¡qué de pillage a bordo!! qué saqueo! No hubo un pasajero, que no contase sus pérdidas después, a excepción de la Señora Juana de Peña y yo, porque ella, fingiéndose enferma quedó a bordo de nuestro buque acostada en su colchón, donde llevaba su bojote con dinero y demás utensilios y yo, porque luego se dijo barco malo, me bajé a la bodega abrí mi baúl y sacando una onza que llevaba, me la dejé caer por entre los calzones que eran de piés y así la escapé.

Cuanto a los demás pasajeros, puedo asegurar que no les quedó ni aún zapatos, pues hasta la ropa del uso, la tomaron para el suyo. A bordo iban muchas cecinas y víveres del dueño del buque y cargaron hasta no poder más.

Luego que nos dieron libertad, nos hicimos a la vela, aunque pocas mas nos quedaron, y como teníamos pocas alas no pudimos salir de una costa tan peligrosa en términos que a media noche, tropezamos con otra gavilla que tenía mayores garras, y mandando uno de ellos con sable en manos, nos aplañaron a su gusto y nos hicieron descender a la bodega hasta que amaneció para comenzar de nuevo otro pillaje, y si los otros anduvieron listos en el suyo, estos nos dejaron sin plumas con que volar, de suerte, que hasta las escobas y velas que del otro pillaje quedaron, se llevaron: así es, que con mucho trabajo pudimos llegar a Cuba con una sola vela.

No quiero molestar mas vuestra digna atención y dejaremos los pormenores de semejantes encuentros, pues solo diré que ese día por la tarde nos encontramos con un buque inglés, que nos proveyó lo necesario para seguir.

Al regresar, mi caro lector, de dicha ciudad, parece que algún imán nos tiraba siempre sobre semejante litoral, y a los 19 días de navegación, nos precisó saltar en tierra por el puerto de Sal Trú y venimos por semejantes juranelas en donde encontramos con el coronel la fortuna y efectivamente que la tuvimos grande, pues nos quitó los reales que teníamos sin quedarle chispa de rubor por lo que procuramos pronto salirnos de su inicua presencia antes que nos quitara el modo de andar, pues el suyo era, sujetándose para no caerse, pues parece que andaba con espíritu aunque de caña.

Desde este año 15, no sentimos en esta parte oriental otra novedad de contar si no es la miseria, que aún ha seguido hasta los últimos quilates, porque, aunque no ha habido incursiones de los occidentales, no han faltado algunas que presentaros por tradición, pues sabréis que habiendo desaparecido el General Tusent, tomó el mando el Presidente Petión en el Príncipe a cuyo tiempo el Gral. Dessalines por causas políticas o impolíticas, fué asesinado de sus mismos compatriotas, habiéndose coronado Emperador, y a quien por caridad se dijo, que una mujer vino a enterrarlo en el campo santo, pues en eso vino a parar el despotismo y la ambición: a este mismo tiempo el General Henrique Cristóbal, que había asistido a la coronación imperial de Dessalines, quiso se-

(2).—Santiago de Cuba.



guir sus mismos trámites, y se coronó Rey de *Haití*; isla fortunada, que merece ver dos Príncipes tan grandes!, mas yo no creo, que esta es jaula a propósito para semejantes pájaros; pero ello es, que todos los títulos europeos, los hemos tenido vecinos en un mismo territorio. Este Rey además de ser un déspota, es público que era un tirano como lo pudo ser Diocleciano, pues después de tantos sacrificios que inmoló, concluyó con el de asesinar todo color contrario al suyo: el General Riché, que entonces era un mero comandante de ejército, para imitar mejor al monarca, no se conformó con derramar la sangre fratricida por el suelo, sino que principió por su mujer e hijos. ¡Qué horror! era insaciable la sed que padecía semejante tirano, pues el Padre Cornelio, por corregirle sus crueldades, sufrió también bastonazos de sus sacrílegas manos, y aún creo, que le ocasionó la muerte; pero la suya bien merecida, fué desastrosa.

En todo este tiempo estuvimos tranquilos por la separación de los dos partidos, realista y republicano; pero muerto Cristóbal, ya los orientales comenzamos a temer la pérdida del reposo (como era bien natural). Aquí se me representa a las claras, la transigración del pueblo de Dios, desde Egipto a la tierra de Canaán, pues aunque después de cuarenta años fué que entraron en ella, no obstante, quiso el Señor, que quedasen algunas naciones idólatras en su circunferencia, para que se acordasen que con ellas las castigaría siempre que se alejasen de su culto. Era muy natural también que nosotros convencidos de estos principios, nos penetrásemos de las consecuencias que acarrearían el desorden y libertinaje entre nosotros, que somos miembros del mismo cuerpo de la hija de Dios: ni más ni menos, pues no bastando entre nosotros el castigo de tanta miseria, creyeron necesaria una separación de la metrópoli y al fin se ejecutó como diremos adelante y vinimos a ser víctima del adversario.

Al fin del año veinte y uno, caro lector, como se hubiese enarbolado el pabellón haitiano en *Eleler*, todos los pueblos comarcanos se subyugaron a él, causa porque esta parte del Este inmediatamente proclamó la independencia, que se suele llamar de las siete semanas porque no permaneció más tiempo y en el que se nombró de Presidente al Señor Don José de Nuñez, que había sido Auditor de Guerra, pero que ninguna táctica militar le acompañaba: la miseria por una parte, que era bien grande; nuestros delitos, que pasaban de la cuenta a nuestro Dios y la debilidad en que nos encontrabamos de los recursos mas necesarios, nos hicieron temblar y acobardar a la hora que representó la proclama del Presidente

Boyer, que ya gobernaba en *Haity*, ofreciendo venir con fuerzas imponentes a reunirse a esta parte como integrante de su República, declarando por Gefe político al nuevo Presidente de la nuestra. Consternado el pueblo y las mujeres llorando, no hubo mas remedio que sucumbir y cambiar el pabellón. Henos aquí haytianos *in fieri* como lo fuimos después *in facto*. El deseo de mejorar de suerte y establecer cada uno de sus negocios según sus cálculos, fué el único medio para que la contribución se apreciara y que ya no se deseara otra cosa que la reunión ofrecida, de suerte que así como cuando se anuncia al público una farsa todos los partidarios se preparan y deseanla para sí también nosotros decididos ya no deseábamos otra cosa que la llegada del cambio, maxime cuando nuestra condición sevatica, nos hacía halagüena la promesa de Boyer, que nos venía abrazando como hijos y hermanos; pero no descubríamos nosotros la miel con que nos paladiaban que después fué mas amarga que retama; entraron en Febrero del año veinte y dos y duró su gobierno (mejor diremos su tiranía) hasta el cuarenta y cuatro, que los naturales no pudiendo sufrir mas y con licencia de Dios, representaron otra comedia mas conveniente, aunque referiré que ha costado muchas lágrimas y sustos y continuaré según sepa los acontecimientos de esta época.

No dejó de ser memorable esta amarga reunión, pues los primeros pasos que se dieron fueron nada equívocos de sus intenciones torcidas, pues al momento se aparecieron leyes en que despojaban de sus bienes a todos los que habían emigrado, sin poder los parientes existentes lucrar de ellos, por ser asignados a los jefes de su ejército, como legítimos poseedores, y para conseguir alguna cosa era necesario hacer viajes a la corte donde el dinero era el defensor principal, añadiendo a esto los gastos crecidos y tener que presentar las piezas en idioma francés, pues hasta el uso de la palabra se nos había prohibido en esos casos: el robo, la rapiña y todo libertinaje se nos entró por las puertas insensiblemente, el asesinato, el suicidio, el adulterio e incesto se hicieron tan comunes, que no era un hombre virtuoso si carecía de todos estos crímenes. No dejaron de tocar a lo mas sagrado, las Iglesias, poniendo mayordomos que recogieran los derechos curiales para guardarlos en cajas, dejándoles solamente a los curas la cuarta casual de su trabajo, obligándoles además, llevar al cementerio los cadáveres por lejos que fueran, añadiendo a esto el arancel que debían observar por todos los actos de su ministerio contra lo ordenado por los sagrados cánones en el cristianismo; cismáticos desde los pies hasta la cabeza! No es de menos repa-

ro el absurdo, que uno de esos Señores cometió en la persona del Presbítero Soto, cura entonces de la Santa Catedral, pues por haberse acercado a una Señora de uno de ellos y le advirtió quitarse la gorra que tenía en la cabeza, estando en la Iglesia, esto fué bastante para que le diera de palos hasta tirarlo al suelo, y yo creo que esto se llama sacrilegio y persecución del clérigo, que encierra excomunión mayor; pero como ellos no entienden de esto, se les puede pasar hasta el día del juicio final.

Quién no sabe en Santo Domingo la toma de las prendas de nuestra Señora del Rosario del Convento Dominicó, valoradas en trece mil pesos? Quién ignora el saqueo hecho en los animales pertenecientes a nuestra Señora de Altigracia en Higüey? nadie. Quién no supo que el Señor Arzobispo (Q.D.G.) pidió para cuando pudiera un pasaporte, y no solo se le remitió sino que se le impuso a que se fuera inmediatamente? Todos. Y quién no tiene noticias de que a este digno Prelado se le quiso quitar la vida? ninguno; todo esto lo se de sus mismos labios que no mentían (como me dijo el que entonces gobernaba), pero como había de ser, era preciso agotar el cáliz y que la víctima perdiese la vida: esto mismo aunque de diferente modo sucedió en Galindo, lugar inmediato a la ciudad con una triste familia, que allí se componía del padre y dos o tres hijas, tiernas niñas, que se le apareció uno de ellos, quitó la vida al padre y a las hijas, a éstas las tiró en un pozo y aquel lo enterró en el camino, cubierto de hojas y puñaladas. Horrorizan semejantes crueldades hasta los más insensibles. Y se hizo alguna pezuquia en el caso? ninguna. La morena vieja que las cuidaba, no daba sus señas del que había cometido el crimen? Ah! desgracias de Santo Domingo; pero igualmente mártires dominicanos. Y quién ignora tampoco la muerte de aquellos pobres Gimenes, Altigracia, etc., del hecho de Santa Rosa? nadie, pues perecieron sin remedio, y hasta el cura anduvo en angustias, y por concomitancia inmediata, hasta a mi me hubieran preso sin saber nada en el caso. Y todo eso, por qué fué? Por que se reunieron varios a ver si podían quitarse el yugo de encima, que ya pesaba mucho, siendo esto muy al principio de su malhadada reunión.

No dudo que los dichos reos obraran mal pues fueron contra el gobierno; pero también es cierto que toda ley territorial ha de ser promulgada para ser obedecida, y que también haya pasado el término o espacio de diez años, y por tanto debían de merecer otra pena.

Yo quisiera que alguno siendo católico me dijera

¿quién ha autorizado a un Gefe o superior leg^o para suspender, quitar y poner a los eclesiásticos de empleos y beneficios del ministerio? Esto es negar la potestad espiritual de los eclesiásticos en la cabeza de su gerarquía, y esto es apostasía, pues ni mas ni menos, los Señores Reverendos Padres Bonilla, Religioso franciscano, y Cadena, mercedario, fueron suspendidos en sus parroquias por el Presidente Boyer, y a continuación un tal Rosas, que se apareció en el Príncipe, y que ni aún sacerdote era, influyó con aquel, intrigó y le quitó el Curato al infeliz Padre Nuñez cura de San Juan, si bien presentando éste sus derechos al Gefe, le devolvió su beneficio; pero el costo para ese viaje y su estropeo se lo sufrió mal que le pesó. Y todo eso no era un sacrilegio? lo mismo que la prelación del que se decía el Padre Marco, Prefecto del Príncipe, el que no era sacerdote y con todo le dió la investidura del gobierno espiritual.

Con el motivo, caro lector, de la insurrección de Santa Rosa, hubo de hacer el general Borgellá un fuerte en este partido de San Cristóbal a quien llamó Resuelto o Resuelto por haber comenzado otro en lugar que no era muy ventajoso, y como había tantos criminales, iban allí a trabajar y largar el hueso, porque como el verdugo que les puso era el General Puché, no había escapatoria, pues el garrote andaba listo y que comer a ratas, pues los infelices prisioneros no podían cojer ni aún guayabas y era tal su suerte, que se veían en la dura necesidad de comer las cortezas o cáscaras de los plátanos, que otros botaban: algunos había en el cepo a la muerte y para no abrir la puerta de esta prisión, les mandaba cortar el pié y así los mandaba derriscar por un roto de la loma medio vivos: esto me lo aseguró el alcalde pedáneo José Ibé, que vivía aquí, y a otros también expirando, los deslizaba por el derrisco y así morían. Una ocasión, trajeron un moreno de Monte Grande tan débil, que se desmayaba de la hambre y tan lleno de niguas, hasta en los ojos, que pedí de favor lo dejaran en casa hasta otro día y así lo fuí alimentando con líquidos hasta que pudo andar.

Es muy justo que así como el gefe con sus armas cuida del orden en el pueblo, que este con sus gavelas sostenga al gefe y a los que le rodean con sus armas; que haya ciertos derechos extraídos de la masa popular para sustentar a los que con las bayonetas intrpiden los desórdenes. El mismo Evangelio de Jesús Christo lo aprueba y dicta la razón: Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. ¿Pero habría pues, caro lector, quien no mire con enfado y compasión a la vez, el que esto suceda con los pobres, que no pueden alimentar sus nacidos con el producto



de sus labores? Ah! el cielo lo ve, y los clamores de los indigentes están a la presencia del Altísimo. Sus patentes anuales, obligaban al rico, al mediano y al pobre infeliz zapatero, a la pobre lavandera y a la que de su aguja se socorría. Los derechos locales también se llegaron a establecer, y los rurales de las habitaciones y ganados, ya se habían publicado para establecerlos: hablo con varios que lo saben. Todas estas gavelas con los derechos curiales, se recogían cada vez que las había y se reunían en las cajas nacionales para los gastos comunes y uñaticos, mientras los clamores de los infelices, llegaban al cielo.

No perdamos de vista el embarque del Illmo. Sor. Valera el año treinta y tres pretérito, pues como le dije antes, no solo se le otorgó su salida, sino que se le ordenó, y habiendo solicitado un buque se hizo a la vela, acompañado de los Señores Dn. Martín de Mueses, Dn. Félix Ma. del Monte y familia Pichardo, se hizo a la vela después que todo el clero lo condujo al muelle con varias personas distinguidas y a quien tuve el honor de besar sus pies. ¿Y que os parece le aconteció en el mar? Ah! un buque occidental le aguardaba para pillarlo y matarlo; Dios grande!! pero luego que se avistaron, ese digno Prelado vestido de Pontifical, dijo, que iba a morir con sus ovejas, y aún no lo había bien proferido, cuando he aquí, un rayo de las nubes descende, entrando por el bauprés del barco enemigo lo deshace y echa a pique, con que quedó libre la tripulación del Illmo. Señor dando gracias a Dios.

En los términos mas aciagos de decadencia y de miseria y tropelía (9. t.) nos hallábamos los tristes orientales en el año cuarenta y tres, cuando parece, que compadecido nuestro Dios y Señor, permitió que un *quidam homo* sin principios ni teoría militar, echase la voz de reforma en los Cayos a quien llamaban Riviere, el que con sus aguas corrientes de mejorar, llamó la atención de los occidentales, se le reunieron en gran cantidad, hizo correr la sangre, corrió la isla de Sud a Norte, de aquí al Este y luego al Occidente con carta blanca para quitar y poner empleos, y hacer cuanto creyó conducente al fin que se propuso; pero nosotros, que creyendo era este un Angel tutelar, que nos venía también a favorecer, conjeturamos, que del mismo modo que los occidentales instalaron su gobierno provisional, que nosotros podríamos instalar los nuestros con el nombre de Junta Central ¡la creamos! pues para este proyecto se instruyó una petición bien hecha, y firmaron muchos y se le presentó al General Riviere, el que no solo la despreció, sino que apresó a los que pudo encontrar y los remitió

al Príncipe hasta su llegada, y por un tris le quita la vida: mas como este era el móvil de que Dios se valía para que los dominicanos sacudiesen tan ominoso yugo, unos con otros se comunican los deseos de Separación y por último lo pusieron por obra del modo que os diré en adelante.

Luego que el Señor Riviere hubo llegado al Príncipe, por varias peticiones y principalmente por los clamores del pueblo de Dios, hubo de dar libertad a los presos y habiendo llegado el único regimiento que de ellos quedaba se partió abajo y no teniendo impedimento alguno que obstara a los designios dominicanos, sino era el General Desgrote y un hijo de Riviere con varios de su alcurnia, se puso por obra el proyecto y estaba tan oculto, que las muchachas y señoras mujeres lo voceaban por las calles, sin haber por eso quien las meneara y para abreviar mas mi narración os diré que el veinte y siete de febrero del año 44 sin fuerzas, sin ánimo ni municiones, se preconizó en Santo Domingo la Separación de la República Dominicana con la de los haytianos y Desgrote con los suyos encerrados en la fuerza, se vieron obligados a capitular por conducto del Señor Cónsul y se partieron para sus colonias llenos de terror y espanto, de modo que el Señor Silvain Boyer encontrándose con un conocido, le saludó y dijo: Ah! yo he vite mucho juyen, me juye como ese no!

Como por esta determinación, se hacía forzoso poner custodia inmediatamente en las fronteras, porque era necesario volvieran por su querida Raquel a forzar de nuevo para entrar, no solo los hombres, sino es también el bello sexo, todos trabajaron incesantemente, reuniéndose muchos Dominicanos y marcharon a ambas fronteras con muy pocos pertrechos y armamentos bélicos: los del Sud llegaron a Compostela de Azua, donde pararon el vuelo, y los del Norte se quedaron en Santiago por ser las dos situaciones muy ventajosas para aguardar al enemigo, en efecto, pues los de Azua con un cañón y algunos fusiles y sables presentándoseles aquél el 19 de Marzo, tuvieron por dos o tres horas la batalla con muerte de muchos de ellos y les fué preciso retirarse al lugar Távara, donde permanecieron hasta que el General Santana se retiró a Baní con su tropa (no sé porqué causa) y los occidentales entonces se apoderaron del pueblo con todo lo que había en él que era mucho.

A los Cibaños de Santiago se les presenta de sorpresa y reconocidos que fueron una Señora mujer les salió escortando a los nuestros en el campo de batalla y los animó en términos que se presentaron al



enemigo con un cañón y un pedrero, y por poco no queda quien la cuenta siéndoles preciso a los occidentales pedir treguas y en la noche se partieron para Entre los Ríos y en el camino los pocos que quedaron, saliéndoles al encuentro los de la Sierra los acabaron cuasi a todos.

Por el Sud, quisieron acometer por la parte llamada el Maniel, y aunque llegaron por donde no los esperaban, se les hizo la batalla muy brava hasta con piedras, pues las municiones se habían acabado y los hicieron retirar con pérdida de muchos de ellos, mientras nuestras tropas, ninguna contaban de consideración.

En estos términos, se estuvieron en Azua por algunos meses recibiendo malos encuentros, tanto por el mar como por tierra pues enviándole a Riviere desde el Príncipe la goleta Elvira, hoy intitulada María Luisa, cargada de algunos pertrechos, la apresaron nuestros corsarios en Ocoa y se retiraron aceleradas por el fuego que se les hacía. Desde tierra esta vez, tiraron un cañonazo y cuya bala llegó tan baja que andubo rodando a nuestro bordo y la tomaron nuestros marinos. En este interin en Azua apresaron algunos Dominicanos, dándoles tantos tormentos, que solo faltó a Riviere quitarles la vida; pero estando los nuestros en Baní, al cabo de algunos meses, dejaron los Occidentales el valle de Azua incendiando, como lo hicieron con los demás pueblos de su ruta y se fueron a sus colonias, mientras tanto los nuestros, ordenados por la Suprema Junta, reunieron un congreso de todos los pueblos y se publicó la carta fundamental que tenemos, y desde entonces se enviaron emisarios a las naciones, y hétenos aquí ya reconocidos por los ingleses y franceses con intervención de su república y Riviere desterrado por sus absurdos a la isla de Jamayca, aunque dice que cogió Iglesia y se jacta de no haber hecho mal a los dominicanos.

Con respecto a los Cibaños, luego que los occidentales se retiraron, su cantón general o fronteras, lo establecieron en Guayubín, donde hay mucho poblado, y sabiendo el General Salcedo que los occidentales habían hecho un fuerte, en Beler, lo atacaron un día con artillería y milicia, en tales términos, que nuestro cañón rompió la boca del suyo, y los nuestros con armas blancas, tomaron el fuerte con muerte de muchos enemigos, y se retiraron a Guayubín con dos piezas de artillería, mucho armamento y municiones, aunque en esta batalla, fallecieron algunos de nuestros esforzados campeones.

Por el Sud, el General Buá con sus tropas, han

hecho varias hazañas, pues hizo la toma del Cacimán con mucho esfuerzo, y murieron muchos de los contrarios, se rindieron algunos, y fugó la mayor parte y mandó al fuego las trincheras del fuerte, se trajeron algunas piezas de artillería, armamentos, pertrechos de guerra con víveres y demás animales de todas clases, y al cabo de algún tiempo volvieron a la riña en el Oreganal en la frontera de Neyba, en el Pino, en Híncha, en el Papallo, en Bánica y en Mata Yaya, siempre con buen éccito, aunque aquí por palabra de varios que asistieron, solo dos, que fueron el coronel Bernardino (3) del Seybo y el comandante Juan María Albert, fueron los que hicieron la batalla, y quitaron dos pedreros, mucho armamento y demas provisiones de guerra haciendo fugar los occidentales hasta sus colonias.

En la parte del Cibao, querido lector, se presentaron los occidentales por el mar, muy cerca de Puerto Plata en algunos buques ,lentos de armamentos y hostiles preparativos, con que nos querían sorprender; pero el Señor que vela sobre nuestra causa, los confundió en tales términos, que encalló sus naves en donde llaman Marí Barú, donde por la noche se vararon y amanecieron prisioneros 160 y pico con un Almirante y plana mayor que han estado sobre tres años detenidos hasta ahora, que el Señor Cónsul General los ha transportado a su país: De estos buques se aprovechó uno, que está armado en corzo y los otros se aprovecharon de alguna manera, pues traían carronadas, fusiles, machetes con todo pertrecho de guerra, salazones y víveres con que pretendía subyugarnos y quitar la vida; y aun con todo lo dicho, han tenido valor para enviarnos una proclama alarmanente, llamándonos a reunirnos a su república, supuesto el que los facciosos de la parte del Este son los que han hecho la separación de la de ellos, haciéndonos conocer que la sangre africana de ellos, circula en nuestras venas; pero el General Buá en las Matas, les ha contestado en nombre de los dominicanos tan patéticamente y tan lleno de razón y derecho, que no tendrán que desear, siempre que lo consideren como nación, y no como grupo de urangutanes que se pueden considerar, respecto a las barbaridades y asesinatos, que cometen, siendo una de ellas el haber seguido un bote procedente de Monte Cristy, que conducía una pobre familia a bautizar en Puerto Plata un niño y captándolos prisioneros, fue-

(3). Bernardino Pérez. (V. José G. García: *Partes oficiales de las operaciones militares realizadas durante la guerra dominico-haitiana*. S. D. ,1888, p. 21, 31; *Guerra de la Separación dominicana*, S. D. 1890, p. 31, 32, 45, 46, 55; *Historia*. . . , t. II, p. 237, t. III, p. 26, 29, 34, 37, 174, 176, 180, 519). (V. A. D.)



ron colgados en las jarcias para que en tierra los vieran y he aquí la humanidad y fraternidad con que se quieren reunir a un pueblo culto y religioso, que conoce el derecho que tiene entre las naciones cultas del Universo.

Nosotros por la gracia de Dios, hoy que contamos los últimos días de Enero en el año 1849 estamos reconocidos de tres potencias europeas: dos que son la Francia e Inglaterra y americana una, que es el Norte, esperando únicamente la decisión del Congreso, que se reunirá entre ocho días.

Aunque en la continuación de mi proyecto, puedo seguir hasta la conclusión del pasaje anterior, no obstante, seguiré apuntando lo restante para su total conclusión, pues actualmente se nos presentan nuevos acontecimientos, que imperiosamente nos hacen poner mayor atención por ser concernientes a la guerra que sufrimos hace cuatro años. Los occidentales en número bien considerable, observando que nuestro ejército había salido de las Matas (*Farfán*) para ver si podía tomar el fuerte de Bánica, lograron este aviso y se presentaron (según se afirma) en número de cinco divisiones y poniéndose a vista de dichas Matas, el pueblo todo se acogió al fuerte y los pocos que en él había le hicieron tal fuego, que se podía con los cadáveres hacer trincheras a todo el pueblo. ¡Qué Dios tan grande! ¡el que nos libra de tantos males! pues además, los pocos que quedaron del ataque, encontrándose en su retirada con nuestro ejército, se les hace fuego y se asegura, que si alguno escapó, fué ma! horrido: de dos solamente, se dice, que murieron de los nuestros para mayor maravilla, de suerte, que bien se conoce, que ya el Señor quiere extinguir toda esa simiente, para que el suelo no alimente tanta crueldad y tanta tenacidad.

No contentos nuestros invasores con tantas víctimas de su parte, preparan en masa en las Cahobas, y traen todo aparato de guerra para destruir esta parte Oriental, efectivamente, así lo había decretado el Presidente Soulouque; mejor diríamos los pecados prietos de los dominicanos, aunque varios son de dictamen, que no son sino acontecimientos del destino, en lo que dan a conocer sus errores.

Preséntanse a las Matas en número de veinte mil, a tiempo que nuestros dos fuertes apenas tenían defensores no pudiéndolos reunir: sitian el lugar, y no faltando intrigantes entre los jefes, ni los atacan ni los hacen cambiar de idea, y al fin en tres días de bloqueo, desconcertados los nuestros, se ven en el caso forzoso de abrirse camino con una pieza de

siete que había y quedando todas en poder de aquellos, rompen y salen precipitados los que pudieron escapar de semejante multitud para reunirse con los demás en la plaza de Azua, en donde según su localidad, armamentos y fuerzas físicas etc., no debía de quedar un occidental que la contara; pero nada menos, pues como nunca faltan intrigas, por las ofertas que atraen la ambición, ellos llegaron, y guiados por algunos prácticos del lugar, pusieron su sitio, hicieron trincheras, colocaron su artillería, y aunque los nuestros querían batirlos y resguardar los lugares mas delicados, no se les consentía, hasta que viendo todos que había mano invisible que los traía al precipicio, evacuada la caballería, la infantería siguió su ejemplo y entre dos horas, se posesionaron los enemigos de la plaza, retirándose todos a sus casas y habitaciones. ¡Qué día tan amargo!, pero en fin, nuestros Jefes, reuniendo alguna tropa, se acantonaron en tres puntos que únicamente quedaban de defensa como son el Número, las playas de Ocoa y el Maniel, entre dos a tres días se presentaron al primero con toda su batería en donde se les hizo fuego y bastante destrozo, se les tumbó un cañón y se les quitaron cuatro mas de los que traían para sitiar a Santo Domingo.

El General de División Dn. Pedro Santana que gobernaba en jefe las fronteras del Sud solo había podido reunir para esta acción como unos trescientos y cincuenta hombres, entre los cuales solo fallecieron unos tres, y algunos heridos; pero ¡oh prodigio del Altísimo!, que si en otras batallas se habían bastado algunas horas, en ella solo un cuarto de hora se contó y el machete los hizo retirar en términos que hasta las municiones y cabalgaduras dejaron en el sitio, siendo tanto su terror, que desmontando los cañones de Azua se partieron, dándole fuego al pueblo y dejando en la plaza los Santos y un herido a quien el Presidente Soulouque encargó dijera al General Valentín Alcántara, que se acordara de las promesas que le había hecho y lo bien que las había cumplido. Incendiando el pueblo y retirado los Occidentales, volvió el General Santana a colocar sus tropas en él y a poner de nuevo en las Matas su guarnición como era justo. En todo el camino hasta ese punto, no se veía otra cosa, que un cementerio, tanto de hombres, como de animales, unas grandes sepulturas y muchos cadáveres esparcidos acá y acuyá entre ellos tres generales llamados Sangüedoc, Mañená y Palé. En San Juan aparecieron tres de los nuestros atados y muertos a un córbano, y en las Matas uno decapitado, dejando asolados los pueblos y campiñas. El derrote que todo esto causó, no hay quien lo pueda explicar: nunca habíamos visto tanta gente en esos



caminos y en estos pueblos, mendigando, desnudos, estropeadas y hambrientas, que movían las entrañas de los espectadores.

Aconteció, pues, que después de estas batallas, ¡cosa inaudita! que como el General Libertador con su corto ejército, mediante la Divina Providencia, había quedado vencedor y libertador del Pueblo Dominicano, que no les pareció bien ni al Gobierno, ni a sus partidarios, pues encaprichándose en que el General Santana quería tomar el mando de la República por sus hazañas, o bien que por ser un hombre popular de pueblos internos, no le querían tener por el único que defendía la patria y hacerle merecedor de los laureles, que en tales casos se acostumbran entre las naciones cultas como Roma, Cartago etc., lejos de eso, preparan las murallas con diferentes piezas para esperar a su libertador: Este Señor antes de retirarse de los puntos de la victoria, recibe orden del gobierno, para que su tropa sea embarcada allí y desembarcada por los puntos de Chavón etc., y antes de su retirada remitirse la oficialidad como presos para pasarlas por consejo, por haber desamparado el punto de Azua, sin reparar, que junto con el Libertador, habían defendido la patria en los últimos acontecimientos, ordenándole a él, que se retirase cuando y por donde gustase: el Libertador, que penetró todo el picante del Gobierno, y que hallándose sin vasallos, sería víctima de la anarquía, que se había formado en la Capital y que su vida peligraba, da parte a los pueblos de lo acontecido, y estos le remiten sus poderes para que los librase de ella: reunen aquellos, y parte inmediatamente a circundar la ciudad, donde le reciben con hostilidades y le matan algunos hombres; pero este valeroso campeón solamente despliega su artillería para hacerles conocer, que puede y no quiere hacer mal considerando que esta era una guerra patricida, no obstante, los Señores Cónsules salen y concluyen los tratados de entrega de la plaza, y renunciando el gobierno en manos del Congreso, desaparece y el Libertador entra triunfante en la Capital para imponer el Orden para lo cual pesquisa, prende y destierra a los partidarios de la anarquía. Saliendo entre algunos días al Cibao, donde encontró un individuo infiel a la patria por serle traidor, y lo hizo mudar de domicilio para siempre, apresando en seguida a varios de su séquito.

Cuando el Libertador se retiró del Cibao se dirigió a la Capital donde solemnemente renunció y dió cuenta circunstanciada al Congreso y se partió lue-

go a su habitación a descansar de tantas fatigas y adversidades y toda esta grey de Jesucristo a dar gracias al Todo Poderoso de habernos dejado la vida para llorar tantas pérdidas y conflictos.

Pero yo soy de parecer que la patria no permanecerá tranquila mientras no la tengamos un amor como de madre y que se aparte la ambición de nuestro suelo, pues desde lejos vemos lo que puede suceder con ese vicio y demás que atacan nuestro humano ser.

Y como no ha habido un dominicano que ilumine esta materia a todos los acreedores a ella, me tomo la satisfacción (en mis ratos de labor del ministerio) de esponer lo que han tocado mis sentidos, viendo (si posible fuere) que encuentren algún protector, que de a luz mi trabajo para que no quede en silencio.

San Cristóbal y Mayo 3 de 1849.

Juan de Jesús Ayala y García.

Después de copiar el manuscrito del Padre Ayala y García, guiándonos por la copia hecha por don Antonio Delfín Madrigal, hemos observado que esta copia carece del siguiente fragmento que transcribimos del original:

Refiriéndome al párrafo anterior os diré que por los tratados de Basilea el Rey de España había cedido nuestra Isla a la Francia y sucedió que los Dominicanos, aunque les iba bien con los franceses, por andar todo abundante y tener un jefe pródigo y afaible cual era Ferrand, con todo, el amor que se le tenía a la Metrópoli, les hizo cambiar de dictamen y adherirse a la conquista del Brigadier Dn. Juan Sánchez Ramírez, natural del Cotuí.

Mas, como dicho General Ferrand, creyó que con solo su presencia, era suficiente para aplacar la revuelta, con un número de infantería y caballería se dirigió al Seybo y noticiosos aquellos vecinos, se disponen con chicas armas y municiones, y en el lugar de Palo hincado, atacan al enemigo y llenan el campo de cadáveres y los que quedan del ataque se desmoralizan en términos que fugando de allí, apenas pudieron librarse de los bravos Seybanos, pues hasta el médico, que llevaban, pereció en un encuentro que tuvo con un vecino, sin valerle las súplicas que hacía. El General Ferrand, viéndose perdido y no pudiendo sufrir el bochorno de dicha acción, se hizo a un lado del camino y se voló los sesos: yo ví el lugar donde lo ejecutó pasando por allí el año 50.



En este caso, Dubarquier, General de Plaza, quedó gobernando en la Ciudad y demás de la Isla. Por estos días comenzó a divulgarse, que en el lugar llamado Palo hincado se batieron los Seybanos con los franceses y apenas sin tener lo necesario, quedaron victoriosos y el sitio ensangrentado por el valor de los Seybanos.

Disgustados ya los Dominicanos de los actos de los Señores franceses, deseaban sacudir el yugo, que los atormentaba.

Ahora referiremos lo que hubo después. Como los sacerdotes y curas están encargados de la palabra evangélica para anunciar al pueblo qué se debe hacer en tiempos de pura necesidad, guerras y pestes, ellos predicaban penitencia y demás agregados; no le gustó al gobernador y trató al punto de echar fuera los dichos sacerdotes predicadores como el Dr. Dn. José Ruiz y otros de la Ciudad, pero ellos siempre prosiguieron lo mismo fuera como dentro por la mi-

sión que tenían del Redentor del mundo. El General Dubarquier, que entonces gobernaba la plaza, apresó varios sacerdotes y otros más seculares, cambiando después con oficiales a los primeros, que se mantuvieron en el sitio que les puso Don Juan Sánchez.

En esa época fué tan extremada la hambre, que comieron en la Ciudad burros, caballos, gatos y ratones: las cuerdas donde se ponían las longanizas, se cocían para hacer sopas y guisos para comer, y viéndose aquellos tan faltos de socorro, les fué preciso capitular y entregar a los ingleses por no hacerlo con los dominicanos, pues además de padecer por ellos, estaban desnudos y asquerosos. En dicho sitio varios de los nuestros salieron heridos y fuera de batalla, pues Dn. Marcos Torres murió de un balazo y mi difunto padre (Q.D.H.) recibió otro por un brazo. Hubo varias víctimas en estos días aciagos y Dn. Juan Barón, que también murió en el sitio de Des-salines y otros varios; pero en fin este año 9 duró poco el sitio, y quedamos libres.

